

CARTAS DE AMÉRICA

A black and white map of the Americas, including North, Central, and South America. The map is enclosed in a thin black border. Several regions are shaded in a dark gray color: Mexico, the northern part of Central America (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, and Costa Rica), and the southern part of South America (Venezuela, Colombia, Ecuador, Peru, and Chile). The rest of the map is white.

CARTAS
CARTÂIS
LETTRES
LETTERS

Carta de Argentina

La poesía de Alfredo Veiravé*

La poesía de Alfredo Veiravé, nacido en Gualeguay, provincia de Entre Ríos, en 1928, ha experimentado durante quince años (1970-1985) una evolución singular, acorde quizá con la vocación americana que la distingue. Veamos, en detalle, tal proceso.

Puntos luminosos (Resistencia, Chaco, Editorial «Fogón de los Arrieros», 1970), parecía un libro demasiado actual: el planeta visto con ojos de astronauta. Incluso se permitía ser apaciblemente apocalíptico: Manhattan hundido bajo las aguas. Era una postrera visión del universo transmitida sin demasiado pavor; casi en forma resignada y coloquial. También desplegaba un variado surtido de técnicas de evasión: los interiores de Van Eyck, los rincones de Monet, la abrumadora Enciclopedia del Universo.

Enumeraciones, como él mismo lo dice, que no alcanzan la concentración necesaria. Y ya, desde entonces, turismo y cuartos de hotel, postales y museos, eclipses que sólo se repetirán dentro de 360 años. La cultura y la ciencia unidas. Esto lo llevaba en ocasiones a incurrir en lo obvio, como en el poema «Por el teléfono tu voz» (págs. 35-36) o a caer en la banalidad: llama a la azafata «silencioso arcángel contemporáneo» (pág. 34).

Sin embargo, en otros poemas de la segunda parte, como «Sillas en la vereda» (pág. 37) hay una lograda remi-

niscencia de la vida de provincia. Lentitud de huéspedes en un hotel de veraneo, que confieren encanto al libro.

Evocación sin temores, porque ella ya no existe, de la casa natal. Jacarandas y gomeros. El intocable olor de las magnolias. El picaflor, al cual llamaba «una alta curva de esencias recogidas y vibrantes» (pág. 40). Los insectos. Como en el poema que dedica a Proust, él también sabe trabajar con los recuerdos: los rehace, volviéndolos más frescos.

La tercera parte reúne varios poemas de amor. Su familiaridad y su extrañeza. La clandestinidad y el compartido espacio diario. Se advierte en esta sección una inclinación mayor hacia lo narrativo, como en el largo recuento titulado «Trato amable» (págs. 45-49): la historia de una separación que se presenta como muy civilizada. O en «Hotel residencial», un poema de época, de aquella época, como aquel de Roberto Fernández Retamar, titulado «Un hombre y una mujer»: corazones que no dejan de latir ansiosos y a la vez livianos previendo las convocadas alegrías de la carne.

No sucede lo mismo con su poema «La larga noche de los ancianos» (págs. 64-65), donde hay una como diabólica y tambaleante capacidad para transmitirnos sus dilatadas agonías; sus noches donde lo impreciso-legendario y lo concreto-afligente se entrelazan con acierto.

Este fragmento da buena cuenta de tal contrapunto:

Cuando la noche sujeta contra el cielo a los sonámbulos
clavándolos en medio de los reyes de la sangre estremecida,
ellos empiezan a peregrinar por la casa. Abren los
tabernáculos, se bambolean
con manojos de recuerdos entre las leyes y los pecadores.
Observan los techos
arrastrando los pies, metiéndose avispas en el paladar
sintiendo
los órganos que se movilizan como una escarcha, los
depojos del hielo.
Tomándose de las esquinas de las maderas, de los muebles
de caoba
descienden hacia los siglos de la noche interminable. Una
vez vueltos a la cama
horadan el techo con aguas saladas y amarillas espumas
pensando en los árboles de las viejas quintas arrojadas al
precipicio de la memoria.

* Con este artículo nuestra revista rinde homenaje al poeta argentino Alfredo Veiravé, fallecido en Resistencia (Chaco), el 21 de noviembre de 1991.